

modo, la prosa se convierte en una verdadera y auténtica fuga musical, una trenza de múltiples discursos estrechamente ligados entre sí.

Fue este, entonces, el primer fragmento que me tocó traducir en mi vida. ¡Como un escalador principiante frente a una pared de cuarto grado! Una calamidad: ¿cómo llamar de otro modo la necesidad de afrontar un texto semejante? Naturalmente, y afortunadamente, en treinta años de honorable carrera nunca más he tenido que lidiar con un organismo tan complejo y arduo. En fin, en ese momento me sentí desesperado. Tuve sin embargo la fortuna de encontrar una traducción anterior, publicada en Lerice, con la firma de Francesco Piselli, muy bien hecha. Allí, con una paciencia y una escrupulosidad admirables, la madeja mallarmeana (un poco como el *gluommero*, vale decir, el ovillo gaddiano*) se presentaba literalmente desenredada.

Estaba entusiasmado con este descubrimiento, pero poco después volví sobre mis pasos. Piselli, de hecho, a pesar de su meritoria agudeza, operaba con un forzamiento para mí inaceptable. Su trabajo resultaba, en efecto, una paráfrasis de Mallarmé. El traductor desataba todos los nudos de aquel tapiz que el autor había demorado tanto tiempo en anudar... ¿Cómo salir de tal *impasse*?

Elegí el camino más simple. Gracias a la traducción anterior, había tenido el privilegio de comprender hasta el fondo el inaccesible tesoro del texto, después de lo cual, en resguardo del lector, decidí hacer el camino opuesto, es decir, sellarlo nuevamente. Recuerdo todavía el año y la estación: era la Pascua de 1978. Desde entonces, para mí mismo, he llamado a ese día «la Pascua de las comas». En un primer momento, había traducido siguiendo el método de Piselli; había desatado el sistema de nudos ayudándome puntualmente con la traducción precedente; más tarde, sin embargo, una vez

N. del T.: *Gluommero* o *glomerulo*: en dialecto romanesco, «ovillo». Carlo Emilio Gadda (1893-1973) ronda el término, anotándolo como *gnommero* en su novela *Quer pasticciaccio brutto de via Merulana*, cuya prosa fue celebrada como joyceana. El concepto gaddiano abarca la idea de vórtice o núcleo activo: el comisario Francesco Ingravallo, protagonista de aquel texto, sostenía que las inopinadas catástrofes no son resultado de una sola causa, sino «un vórtice, un punto de depresión ciclónica en la conciencia del mundo, hacia el cual han conspirado toda una multiplicidad de causales convergentes... Decía también nodo o groviglio, o garbuglio, o gnommero, que a la romana quiere decir ovillo».

entendido que aquel criterio resultaba errado, volví a «sepultar» el sentido de la prosa, ¡un sentido extraído tan fatigosamente! Así, en un lindo domingo de fiesta, mientras todos los amigos se iban al mar, me quedé solo en casa. Recuerdo los gritos, las luces, el ruido del que había quedado excluido, con el punzante dolor de haberme perdido aquella radiante jornada de sol; pero son estas las pequeñas heridas, las delicadas cicatrices que, como tatuajes rituales, marcan la iniciación del traductor. Así, una por una, con paciencia de chino, volví a poner en su lugar todas las comas. Fue echar llave a aquello que había entrevisto, bloqueando a mis espaldas la gruta del tesoro. Sin embargo, había comprendido algo central, había captado que no era mi misión develar el conjunto de los mensajes que logré lentamente identificar, descriptar, «poner en claro»: mi tarea consistía más bien en reproducir, dentro de mi lengua, las circunvoluciones del Gran Nudo Sintáctico que quiso hacer Mallarmé.